



## La hospitalidad en el Nuevo Testamento

Alfonso ORTEGA CARMONA  
Universidad de Friburgo

**Resumen:** El artículo analiza la virtud de la hospitalidad y las diferentes acepciones del concepto *xénos* en el Nuevo Testamento, y su uso y significado social y religioso en escritos directamente relacionados con el contexto histórico del cristianismo primitivo.

**Palabras clave:** *Cristianismo, Nuevo Testamento, Hospitalidad.*

«*Venit hospes, venit Christus*». «*¡Llega un huésped, llega Cristo!*»!

Quien haya tenido oportunidad de visitar la Abadía Benedictina francesa de Cluny, el edificio mayor de la Cristiandad medieval, fundada a principios del siglo XI, sobre un terreno donado por el Duque Guillermo de Aquitania, al nordeste de la actual ciudad de Mâcon, puede ver con cierta sorpresa ese amigable saludo grabado en su puerta principal. Esta generosa sacralización de una persona extraña, ante las puertas de un monasterio, tiene ya importante documentación, tanto en el pueblo judío como en el mito griego<sup>1</sup>.

Bastaría recordar cómo el patriarca Abrahán se arrodilla ante tres forasteros, se postra en tierra suplicando que acepten su hospedaje, ángeles bajo apariencia

---

1 Cf., entre otros interesantes estudios, J.B. Mathews, *Hospitality and the NT Church*, tesis doctoral, Theological Seminary, 1964.; H. Rusche, *Gastfreundschaft in AT, im Spätjudentum und in den Evv.*: ZM 41 (1957) 170-188; del mismo: *Gastfreundschaft und Mission in der Apostelgeschichte und in den Apostelbriefen* ZM 41 (1957) 250-268; del mismo: *Gastfreundschaft in der Verkündigung des NT und ihr Verhältnis zur Mission*, Mr (Münster i. W 1958).

humana, sin conocer él su verdadera categoría, y les ofrece agua y un bocado de pan, mientras corre a buscar un ternero de su vacada para que un siervo les prepare un banquete, añadiendo cuajada y leche. Una acogida que reitera su sobrino Lot con iguales signos de reverencia y también les dispensa hospedaje, a esos mismos mensajeros camino de Sodoma, a punto de ser destruida<sup>2</sup>.

Esta misma situación, con dramático resultado, puede comprobarse míticamente, entre otros clásicos pasajes, en las *Metamorfosis*, VIII, 611-724, de Ovidio con fatales consecuencias. Júpiter, el dios supremo, acompañado de su hijo Mercurio, en *apariencia mortal —specie mortali—*, recorre la región de Frigia en Asia Menor. En mil casas suplican alojamiento y descanso, y mil puertas cerraron sus hogares. Uno solamente les ofreció acogida, una humilde choza hecha de cañas y recubierta de paja, habitada por la anciana pareja Filemón y Baucis. Con emocionada sencillez, sin conocer ellos quiénes son los que solicitan cobijo, los desconocidos viandantes reciben toda clase de atenciones. Los míticos dioses inclinan la cabeza al entrar a la choza, porque baja era su entrada. Baucis retira del hogar las cenizas, todavía tibias, y reanima el fuego, que alimenta con hojas secas y cortezas de árboles.

De la carne de cerdo, conservada en sal y largamente ahorrada, rebana Filemón generosos trozos y lo cuece al fuego vivo. Los dioses, a la antigua usanza griega y romana, se reclinan para comer. Baucis viste la mesa con mantel nuevo, se ciñe el delantal y, la anciana avanzada en temblores seniles, pone la mesa que, por tener sólo tres patas, observa el poeta, es igualada con una piedra. Y aparecen las aceitunas, don de la casta Minerva, los pepinillos en vinagre, rábanos, endibias y queso blanco, huevos cocidos, la carne ya a punto y vino añejo. A los postres llegan las nueces, los higos penetrados de dátiles, melocotones, manzanas y un racimo de uvas recién cortado, sin olvidar la miel. Y, sobre todo, el amigable semblante de la anciana pareja.

De pronto ven ellos, con asombro, cómo el vino crece en los vasos sin que nadie lo escancie, y se llenan de pavor y suplican perdón a esos seres superiores, a dioses, y quieren sacrificar para ellos el único ganso de su modesto corral —*el único vigilante de la casa de campo*— (v. 684). Y como estos viejecitos lo persiguen sin éxito, la alada criatura viene a refugiarse al lado de los dioses. En premio a tan emotiva generosidad, Júpiter manda a Filemón y Baucis subir a la vecina montaña. Desde allí contemplan ambos cómo se inunda todo el valle, pereciendo sus habitantes. Pasada la inundación, aparece un templo, puesto por orden divina al cuidado de los nobles ancianos y, al final de sus vidas, Baucis es convertida en hermoso tilo y Filemón en encina, los dos al mismo tiempo: quie-

---

2 Génesis, cap.18 y 19.3.

nes en vida, con iguales derechos, habían lo mismo mandado que obedecido (v. 636), observa Ovidio, buen modelo para nuestro tiempo moderno.

Los ejemplos, aquí aducidos, nos ofrecen el clima social de acogidas a caminantes que, sorprendidos por la noche o agobiados de penosas veredas, no hallan otro recurso que llamar a una puerta posiblemente acogedora. Como ocurrirá a José y María, acogidos en una planta baja, cuadra y refugio de asnillos y bueyes domésticos, que al mismo tiempo comunican, en las frías noches de Palestina, el deseado calor a la planta inmediatamente superior de los dueños.

La terminología griega que, para este problema humano, nos ofrece el Nuevo Testamento, puede ser reducida: 1) al verbo griego *xenídso* (*recibir como huésped, alojar, obsequiar*; 2) al sustantivo *xenia* – *hospitalidad, alojamiento, hospedaje*, como podemos comprobar en la breve Carta de San Pablo a Filemón, v.22: *Prepárame alojamiento*. Lo mismo observamos en *Hechos de Apóstoles* (28, 23): «*Vinieron a él (a Pablo), a su alojamiento (los judíos en Roma) en mayor número, a los cuales exponía el reino de Dios*); y 3) al adjetivo *xénos, forastero, extraño, y quien se presenta como huésped*.

El verbo *xenídso, acoger como huésped*, recurre 10 veces en el *Nuevo Testamento*: 7 en *Hechos de Apóstoles*, 2 veces en San Pedro, y una sola vez en la Carta a los *Hebreos*. Como ocurre con el adjetivo *xénos, forastero*, este verbo aparece con dos significados distintos, aunque prevalece el sentido de *recibir como huésped*.

Si observamos la frecuencia de su aparición en los *Hechos de Apóstoles* (10, 6; 18, 23 y 32; 21, 16; 28, 7), queda ya patente la extraordinaria importancia de la *hospitalidad* ofrecida a los primeros misioneros o transmisores del Cristianismo. Y es evidente su sentido de *virtud cristiana* en la Carta a los *Hebreos* (13, 2) («*No os olvidéis de la hospitalidad*»), al mismo tiempo que se alude a los modelos del Antiguo Testamento: «*Pues algunos, sin saberlo, recibieron, ángeles en hospedaje*», advertencia precedida de la exhortación: «*La querencia –philadelfía– a los hermanos sea permanente*» (*menétoo*).

Esta cita de *Hechos de Apóstoles* recuerda a *Génesis* 18, 1 ss. (la acogida de Abrahán y de Lot a Dios en la figura de sus mensajeros<sup>3</sup>). A este propósito debemos recordar que la *hospitalidad* es una virtud social y con alta estima en la antigüedad no cristiana. Su fundamento y raíz podría investigarse y vislumbrarse de este modo, entre otros posibles: por la experiencia del modo de viajar en la misma antigüedad, tantas veces amenazado por dificultades naturales y por temidos asaltos, por malos caminos y rutas sin albergues, con el miedo a lugares extraños y dudosas esperanzas en hallar la deseada acogida, cabe vislumbrar la envergadura de este fenómeno y urgencia sociocultural del hospedaje. Podría hacerse concreto en los puntos siguientes:

3 *Gén.* 18, 1, ss. y 19, 1 ss.

- A) Quien llega de lugar no conocido es posiblemente un enemigo y, en el mejor caso, una persona sospechosa, que debe ser rechazada. Pero pronto se advierte que *ofrecer hospedaje* puede ser un recurso para que nada perjudicial pueda esperarse. Posiblemente esa persona extraña está amparada por un sentido religioso. Los dioses pueden así poner a prueba la calidad humana de los mortales, si recordamos el pasaje de Ovidio y los casos citados de Abrahán y de Lot.
- B) El *Antiguo Testamento* muestra asimismo la necesidad de hallarse fuera y aparecer como persona extraña<sup>4</sup>, así como la obligación de ofrecer *hospedaje*: «El levita, que no tiene parte ni propiedad como tú, el extranjero, el huérfano y la viuda que se encuentran en tus murallas, deben ser atendidos, y el Señor tu Dios te bendiga en todas las obras de tus manos»<sup>5</sup>. Esta obligación puede comprobarse en otros varios lugares del AT, como *Isaías*, 58, 7, donde la *hospitalidad* aparece en el catálogo de otras virtudes y obras de caridad (agápe)<sup>6</sup>. Entre ellas cabe recordar «dar de comer al hambriento y de beber al sediento», estar sin casa y recibir acogida, entre otros gestos de humanidad, que recuerda en el Juicio Supremo Jesucristo, quien se siente representado entre los desamparados y que ofrece asimismo aspectos de la *atención humana al forastero*, y que, a su vez, este último concepto viene a ser con frecuencia la más alta apelación al generoso amparo, con su dramático contraste, recogido en el Evangelio de San Mateo.
- C) En este clima social humano se presenta la nueva y altísima valoración de la *hospitalidad* en las primeras comunidades cristianas, como leemos en la Carta de San Pablo a los *Romanos* 12, 13: «Acudir a las necesidades de los santos. Poned diligencia en la práctica de la hospitalidad». Esta apelación puede tener raíces y fundamentos varios:

- 1) El aprecio universal de esta virtud en la práctica judía y en las recomendaciones del AT.
- 2) El hecho de que no sólo los primeros propagadores del Evangelio se sienten ya amparados y confiados a esta *hospitalidad*, sino que ya el mismo Jesús se confió a ella<sup>7</sup>.

4 Génesis 9, 4 ss.

5 Deuteronomio 14,28.

6 «Hay que compartir su alimento con el hambriento y albergar a los desgraciados sin asilo».

7 Véase por su relación interna Lucas, 10, 38: *Y mientras caminaban ellos, el mismo Jesús entró en cierta aldea y una mujer llamada Marta los acogió*. Cf. Marcos, 2,15; Lucas, Ev. 14,1-14, entre otros lugares.

- 3) El anuncio de Jesús en parábolas y otras palabras, por ejemplo en San Mateo, 12, 1-14; San Lucas, 14, 7-14, en especial el versículo 13: «*Cuando hagas un banquete(v.13): no llames a tus amigos ni a tus hermanos, ni a parientes ni vecinos ricos, no sea que también ellos te devuelvan la invitación y se te haga una paga, sino que cuando hagas el banquete, llama a pobres, a empalados, cojos, 14) y serás bienaventurado, porque no tienen con qué darte pago alguno. Porque serás retribuido en la resurrección de los justos*». Y de un modo más explícito en San Mateo, 25, 31-46, donde en el Catálogo de las obras de Caridad se encuentra la apelación directa a la *hospitalidad con los forasteros*, recordada en la sentencia definitiva del Juicio Final (*¿Cuándo te vimos extranjero, xénon, y te albergamos – te recogimos?*).
- 4) La inveterada costumbre y el valor social de la *hospitalidad* se revela ya materialmente en la formación misma del verbo *xenídso* con su sentido intensivo o idea de la frecuencia con que recurre su acción, es decir, la repetición de la acción, casi como una natural costumbre, la de acoger huéspedes o forasteros, como podemos comprobar en su frecuente uso en la *Ilíada* y *Odisea* de Homero y en los trágicos griegos. Si bien en la literatura griega anterior al Cristianismo, y aun dentro de éste mismo, este verbo pueda adquirir un matiz o significación más abstracta, la que indica extrañeza o simplemente algo que no forma parte de las usuales vivencias personales, hasta llegar a sentirse *forastero* en este mundo. En este sentido los cristianos son extranjeros en el mundo, porque pertenecen a Dios, como recuerda San Pablo en su Carta a los cristianos de Éfeso, Cap.2,19, que parecen ya vivir en vida terrena un espacio trascendente: «*Así, pues, ya no sois extranjeros ni forasteros – xénoi kai pároikoi – (vecinos sin derecho de ciudadanía!), sino que sois conciudadanos (sympolítai) de los santos y de la casa de Dios (oikeioi)–*. Por esta misma razón recuerda San Pedro en su Primera Carta dirigida a todos los creyentes en Jesucristo<sup>8</sup> (a los del Ponto Euxino, Galacia, Bitinia, Capadocia, Asia y Bitinia, consciente del carácter de Primera Encíclica, como corresponde, diríamos hoy, al Primer Papa de toda la Iglesia), la forma de vida que distingue a los cristianos, la consecuencia de una ética nueva: «*Los que no son cristianos se «extrañan» (xenídsontai!) de que no concurráis vosotros al mismo desbordamiento de libertinaje, desatándose en vituperios*». Por lo mismo tampoco debe causar extrañeza a los cristianos el ser perseguidos.

---

8 1ª Pedro, 4,4.

En esta línea aparece rara vez el verbo compuesto *xenodojéo*, *recibir como huésped*, *ofrecer hospitalidad*, si prescindimos de algún caso, como en Eurípides (*Alceste* v. 555), con presencia en la *Primera Carta a Timoteo*, 5,10, dicho de las buenas obras o atenciones que se dispensan a una viuda, *si ella ejerció la hospitalidad*, entre otras virtudes.

Si observamos el uso sintáctico de *xénos* en sus dos sentidos de adjetivo para indicar *forastero*, *extranjero*, *extraño*, *inconveniente*, y como sustantivo con el matiz deíctico de *el extranjero*, *el huésped*, *el anfitrión*, según el contexto, recurre 14 veces en el NT: 5 en *Mateo*, 2 respectivamente en *Hechos de Apóstoles*, Carta a los *Efesios* y en la Carta a los *Hebreos* y de igual modo respectivo en la *Primera Carta de San Pedro*, en la *Tercera de San Juan* y en la de San Pablo a los *Romanos*. Y debe advertirse que este vocablo adquiere dos significaciones diversas. En el NT predomina el significado de *forastero* en 11 pasajes. Una sola vez tiene el sentido o se refiere a quien *ofrece el hospedaje*<sup>9</sup>. En dos textos aparece junto a un sinónimo de *forastero* y puede interpretarse tanto como *extranjero*, en sentido absoluto, o como *huésped*<sup>10</sup>. En el sentido griego de la literatura no cristiana, es decir, en cuanto *huésped o amigo huésped*, no se encuentra en ningún escritor clásico. Y en general el vocablo *xénos* aparece 5 veces como adjetivo y 9 con valor de sustantivo en el NT.

Si buscamos las actitudes humanas e históricas anteriores a los escritores Evangelistas y Apóstoles, es patente que la antigüedad precristiana tiene sociológicamente una actitud de inicial rechazo, o al menos de sospecha, frente a todo lo extraño, concepto plasmado en la menospreciadora de *bárbaro*, expresión ridiculizante de un lenguaje no griego, que resuena casi ridículamente en ese sustantivo equivalente a un extraño ruido: *bar-bar-os*. Por una larga evolución, plasmada en cierto Derecho Internacional, necesario en las relaciones de Grecia con otros pueblos, la expresión pierde parte de su adverso sentido, si bien más tarde el poeta Virgilio llamará *bárbaro* al soldado romano, que viene a ocupar las tierras ajenas, como premio a su servicio en las legiones romanas (*Égloga Primera*, v. 71), mientras el agricultor propietario es obligado a ir al destierro.

Para el pueblo antiguo de Israel los pueblos extranjeros son enemigos, lo que tuvo su fundamento en sus malas experiencias históricas, como podemos comprobar en *Deuteronomio* 20,14ss.: «*Tú recomendarás la prohibición, según el mandato del Señor tu Dios, a los Hititas, los Amorreos, los Cananeos, para que vosotros no aprendáis a imitar sus prácticas abominables.*» Esta prohibición se extiende respecto a los llamados *paganos* —*habitantes de aldea, resistentes*

---

9 San Pablo, Carta a los *Romanos* 16,23.

10 Carta a los *Efesios* 2,19; y *Hebreos* 11,13.

al culto de Israel- (más tarde al Cristianismo)—, porque esos pueblos profesan una religión que con frecuencia puede seducir a Israel, como podemos comprobar en este dramático diálogo entre Dios y su pueblo en labios de Jeremías<sup>11</sup>: «Entretanto, en ese día dice el Señor: Yo no os acabaré por completo. Cuando vosotros diréis, ¿por qué el Señor Dios nos ha tratado así?, tú responderás: «Del mismo modo que vosotros me habéis abandonado para servir en vuestro país a dioses extranjeros, del mismo modo serviréis de extranjeros en un país que no es el vuestro». Sin embargo, desde muy antiguo se ofreció a singulares personas extrañas y viajantes, por intereses comerciales, una cortés *hospitalidad*. De esta práctica puede inferirse cómo nació poco a poco un cierto Derecho de extranjería.

Pero ser *extraño, forastero y desconocido* puede denotar también una cierta categoría, en la que cabe hablar de una relación entre Dios y el mundo. Mientras que en el modo de pensar griego, dentro de ciertas religiones místicas y en el Orfismo, se habla del alma como desterrada de otra región superior y de una entidad extraña en este mundo, que busca el regreso a la patria de la felicidad de ultratumba; en el lenguaje bíblico el hombre y Dios se encuentran como forasteros entre sí, como podemos ver en el *Salmo 39,13* y Libro primero de las *Crónicas*, 29,15: «Delante de Ti no somos más que extranjeros y peregrinos, como todos nuestros padres; nuestros días sobre la Tierra pasan como la sombra irremediamente, Señor nuestro Dios. Aunque el hombre y el mundo propiamente, como creación de Dios, le pertenecen, si bien saben de cierto las personas piadosas que en la tierra no llegarán a esta meta, como se recuerda en *Hebreos*, 11,13: «Todos ellos (los descendientes de Abrahán, tan numerosos como las estrellas) murieron en la fe, sin haber alcanzado lo prometido. Sólo de lejos pudieron percibirlo, lo saludaron y reconocieron que en la tierra solamente eran forasteros y huéspedes<sup>12</sup>.

Los distintos matices de *xénos* pueden hallarse y percibirse en su varia aparición dentro del NT. En el pasaje del Evangelio de *Mateo* (25, 35. 38. 43 y ss.): «Tuve hambre y me disteis de comer»..) la *hospitalidad* ofrecida a los forasteros es un punto central del Catálogo de las Obras de Caridad, de la *agápe* — vocablo de nula aparición en la Literatura clásica griega, puesto que es el amor sin esperar nada<sup>13</sup> —, en la que se formulan los criterios de la sentencia del Juez Supremo en su Discurso del Último Juicio. Pero también es patente en el NT el respeto ante otras religiones. Ciertamente leemos en *Mateo* (27,7) que los forasteros son

11 Cf. 5,18-19.

12 Véase también Primer libro de *Crónicas*, 20, 15.

13 Cf. El Cántico de San Pablo a AGÁPE en Iª *Corintios*, 13, 1-13.

paganos e impuros, por ello son sepultados en lugares no purificados, como fue la suerte de Judas. Pero la distancia frente a todo lo forastero en religión no se encuentra sólo en AT. Esto pertenece a la esencia y fundamento de cualquier religión, como experimentó San Pablo en su diálogo con filósofos estoicos y epicúreos en Atenas<sup>14</sup>. Y cabe observar que esta perspectiva no es aquí condenatoria, sino que designa solamente el interés de ciudadanos atenienses cultos ante una doctrina extraña.

Es una actitud natural el estar siempre sobre aviso ante cualquier cosa extraña. El autor de la Carta a los Hebreos nos advierte de ello: «*Por doctrinas abigarradas y extrañas (poikílais kai xénais) nos os dejéis arrastrar*»<sup>15</sup>. Pero debe observarse que esto se advierte contra una contaminación judaizante de lo que es esencialmente cristiano. Mas a diferencia del pueblo de Israel, cuya Alianza con Dios sólo es válida para el judío y alza un muro entre Israel y los pueblos forasteros, como podemos comprobar en la Carta a los *Efesios* (2,11-12): «*Recordad que un tiempo vosotros, los gentiles (paganos) según la carne de vuestro cuerpo, los llamados incircuncisos por la que se llama circuncisión practicada en la carne por medio de la mano, estabais en aquella sazón (kairó) apartados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y forasteros (xénoi) de los testamentos de la promesa, sin tener esperanza*»; ahora, en cambio, ninguna persona queda excluida de la comunidad cristiana, porque ella pertenezca a un pueblo forastero, como advierte San Pablo a los *Efesios*: «*Pues ya no sois forasteros (xénoi) ni simples vecinos, sino que sois conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios*»...En la Iglesia ya sólo hay hombres nuevos que en común tienen, dentro de la Casa de Dios, «derecho de ciudadanía». Por la promesa de la eliminación del extrañamiento y alienación entre Dios y el hombre, que no habían conseguido los creyentes antes de Cristo<sup>16</sup>, y ahora se ha cumplido<sup>17</sup>. No obstante, frente al mundo siguen siendo *extranjeros* los cristianos, como advierte San Pedro quien avisa de que ellos no deben sentirse extraños ante la conducta de los no cristianos<sup>18</sup>.

La conocida discusión existente respecto al origen, raíz y significado del vocablo «*xénos*», se hace patente en los citados pasajes de *Efesios*, 2,19 y *Hebreos* 11,13, en los que respectivamente aparece «*xénos*» como sinónimo de

---

14 *Hechos de Apóstoles*, 17, 18.

15 Cf. 13, 9.

16 *Hebreos* 11, 13: «*Todos estos —los descendientes de Abrahán— murieron con la esperanza, sin haber conseguido lo prometido. Pero viéndolas de lejos y saludándolas y confesándolas, porque forasteros y (xénoi) y extranjeros (parepídemoi) son sobre la tierra*».

17 *Hebreos*, 11, 15 ss.

18 Iª Carta, 4, 12.

*forastero* (junto a *pároicos* —*vecino de casa*— y *parepídemos*, *extranjero*, que pertenece a otro «*démos o ciudad*»), por lo que deberían traducirse como sinónimos de *huésped*, advirtiendo que siempre se ha de entender del *huésped* que es un *forastero*. Un contexto similar se puede advertir en la traducción griega de Génesis 23, 4 en la llamada versión griega de los *Setenta*.

Claramente en sentido de *huésped* y *amigo del huésped* aparece esta palabra *xénos* en la Carta a los Romanos, 16, 23: «*Os saluda Gayo, mi huésped* (hospedador mío) *y de toda la Iglesia*» — donde nos reunimos. Sin duda la expresión «*de toda la Iglesia*» aclara que Gayo no sólo hospeda a San Pablo, sino que ofrece hospedaje frecuente a otros cristianos viajantes de la Iglesia, ya con matices de universal y fraterna solidaridad. Se trata, pues, de una patente virtud, sin la cual no habría sido posible la misión del Cristianismo primero. Esta afirmación parece ya corroborada también por la Tercera Carta, v. 5 de San Juan Evangelista: «*Amado mío —Gayo—, fielmente obras lo que realizas respecto a los hermanos, y sea esto en lo que atañe a los forasteros (xénous), que dieron testimonio de tu caridad (agápe) en presencia de la Iglesia, a los que harás bien en proveer para su viaje de una manera digna de Dios*».

Por todo lo aquí explicado es patente que el concepto de *xenía* indica el *alojamiento*, el lugar en que se recibe a amigos y extraños. El año 19 de nuestra era, por un edicto de Germánico, nieto de Augusto, tienen derecho al alojamiento —*xenía*— los legionarios<sup>19</sup>. Por tratarse de un peso socialmente gravoso para los habitantes, los moradores de Fana en Siria construyeron un *xenoon*, una gran Hospedería, para evitar la obligación de acoger a los soldados en casas particulares. De distinto manera oímos a San Pablo en su pequeña Carta a Filemón que le prepare una *xenían*, el hospedaje (v. 22). Se trata de una práctica muy extendida en esa época, como puede comprobarse, entre otros lugares, en los Papiros<sup>20</sup>. Esta costumbre está tan extendida en lo que atañe a recibir huéspedes, que equivale a lo que hoy día podemos llamar nosotros *la habitación de huéspedes* o, como dicen los franceses, *la chambre d'amis*. Pero debemos recordar que a veces se llamaba también *xenía* —habitación de forasteros— a cualquier alojamiento disponible o, simplemente puede tratarse, en algunas ocasiones, *de una reunión de amigos con un banquete para alegría común*.

A veces aparece también el uso raro del término *xenía* para indicar simplemente los regalos ofrecidos con motivo de la visita de un *huésped distinguido*, *de notable consideración y estima*<sup>21</sup>. En este mismo sentido se ha querido

19 Cf. *Sammelbuch* 3924, 8.

20 Cf. Papiro Oxirrinco 1064,10.

21 Cf. U. Wilken, *Griechische Ortraka I*, Leipzig-Berlín 1899, 389s.

interpretar el pasaje de *Hechos de Apóstoles*, 28, 23, según el cual los judíos de Roma, «Acordado el día para él, vinieron en gran número a él (Pablo), al lugar donde estaba alojado (*eis xenían*). Por lo demás la expresión «*tà xenía*» significaba en su forma neutra los regalos de hospedaje, ofrecidos a quien llegaba.

En un sentido radical el vocablo *xénos* no es en la Biblia un término técnico, sino que su idea fundamental es la de *extrañeza*, sea ella en un idioma diferente al que uno habla, del país donde se habita o hasta de un llamado cuerpo social o de una región, como podemos comprobar en *Hechos de Apóstoles*, 17,18, en el texto narrativo que precede al Discurso de San Pablo en el Areópago: Pablo «*parece ser anunciador de divinidades extranjeras (xénoon daimoníoon)*, nada extraño, por otra parte, en Atenas, en el mismo sentido que el historiador judío Flavio Josefo, contemporáneo<sup>22</sup> de San Pablo, usó en su *Apología contra el antisemitismo de Apión*<sup>23</sup>.

Alguna vez *xénos* puede indicar un simple invitado a casa, como aparece en la versión griega del Libro *II de Samuel*, cap. 12, 4: «*Un buen día recibió en su casa un hombre rico la visita de un extranjero*», dentro de un pasaje en que vemos irritado al rey David. También puede llamarse así a quien pasa de largo, a un peregrino, *xénos*, que sin protección pide auxilio o albergue y se le niega cobijo<sup>24</sup>. En estos casos parece tratarse por lo general de inmigrantes y no nativos de un país, quienes no forman parte de una ciudad ni de una misma patria. Pueden ser también *xénoi* los comerciantes que llegan de fuera<sup>25</sup>.

Entre los *xénoi* algunos ocupan puestos de importancia o desempeñan labores de alta estima, como atestiguan decretos que llevan consigo honores especiales, como atletas, embajadores, médicos y actores de teatro<sup>26</sup>, o algo propio de la filantropía helenística. Una de sus manifestaciones de mayor continuidad es la que indica una hospitalidad de alguna persona especial o distinguida, así como Arieo era «huésped» de Menón<sup>27</sup>. Paralelamente podemos leer en la Carta a los Romanos un contexto parecido<sup>28</sup>, y de Gayo de Corinto sabemos que hos-

---

22 *Hechos de Apóstoles*, 17,18.

23 2, 251, 267. Cf. Edición, B. Niese, 1887-90. Reimpresión 1955. Th. Reinach, *Contre Apion*, CB,1930, *Die Religion in Geschichte und Gegenwart*, (RGG), editado por K.Galling, 6 tomos, Tubinga, (1909-1913). Reedición 1957-1962.

24 Cf. *Mateo*, 25, 35, 38. 43. 44. Cf. *Hebreos*, 11, 13, dicho de quien habita fuera de domicilio habitual.

25 Papiro Oxirrinco 1672, 4, del siglo primer a.d.Cr. En Papiros egipcios se indican así trabajadores extranjeros, generalmente empleados en canteras.

26 Cf. Papiro Oxirrinco 2106, 18.

27 Cf. Jenofonte, *Anábasis* 2, 4, 15.

28 16, 23.

peda no sólo a San Pablo, sino a todo cristiano que esté de *paso*, y hasta ofrece su propia casa para reuniones de la comunidad cristiana<sup>29</sup>.

Pero un extranjero puede hacer la impresión de una persona enigmática, a la que no se comprende y con la que es difícil entenderse. Por lo demás el adjetivo *xénos* tiene un amplio arco de aplicaciones. Puede decirse de una lluvia torrencial (*Sabiduría*, 16, 16), de una muerte extraña (ibidem 19, 5), de un sabor exquisito (ib.16, 2-5) y de una doctrina ajena<sup>30</sup>.

A pesar de lo aquí señalado, no es suficiente para explicar debidamente el pasaje de *Efesios* 2, 12: «*Porque en aquel tiempo (kairóo, tiempo preciso), vosotros estabais desconectados de Cristo* (los gentiles según la carne, los llamados incircuncisos), excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas, sin esperanza de la promesa». Y en cap. 2,19 se advierte: «*Así, pues, ya no sois extranjeros ni forasteros (xénoi kai pároikoi), sino que sois conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios*». En este pasaje el término *xénoi* tiene una función muy especial y claramente técnica, es decir, política y jurídica, que es propia de la Grecia clásica. Se trata, como antítesis, del aspecto cultural en el cual el extranjero es *barbarus*, es decir, *aquel que no habla griego, excluido políticamente de la pólis, privado del derecho de ciudadanía*, en el lugar en que vive, sea en la ciudad de la que procede, en la que se halla fuera de la ley, en la que no posee derechos ni privilegios. Ni puede acceder a la propiedad privada ni casarse con una ciudadana, Es decir, un ser inferior, de segunda clase, como confirma el historiador Plutarco<sup>31</sup>, y que puede ser expulsado sin derecho a reclamaciones.

En este mismo contexto San Pablo se refiere propiamente a una ausencia de derechos políticos elevados a una suma categoría, es decir, la obra de Cristo ha sido asimilar totalmente los pueblos paganos a Israel en la Casa de Dios, «*oikeioi*». Y no podemos olvidar que en el *Antiguo Testamento* Dios protegía ya, y hasta amaba, a los forasteros residentes<sup>32</sup>.

---

29 Iª *Corintios*, 1,14.

30 Cf. Aristóteles, *Retórica* 3, 3, 1406 a 15; Carta a los *Hebreos* 13, 9. Véase *Primera Carta de San Pedro*, 4,12. Asimismo *Ilíada*, 2,867; Carta a *Los Romanos*, 1, 14; *Primera a los Corintios*, 14,11. Puede consultarse con satisfacción. A. Aymard, *Les étrangers dans les cités grecques*, en *L'étrangers* (Recueils).

31 *Vida de Alejandro Magno*, 1,6.

32 Cf. *Levítico* 19, 10. «*Vosotros no abandonaréis al pobre y al extranjero*»; *Deuteronomio*, 10, 18: «*El que hace justicia al huérfano y a la viuda y ama al extranjero y aquel que le asegura el alimento y el vestido*». En cierto modo quedaba el extranjero integrado así al pueblo elegido. Y quien había sido forastero en Egipto (*Éxodo*, 47, 22) debía ejercitar la hospitalidad en su patria. (*Levítico*, 19, 34).

Lo que en el antiguo pueblo de Israel recibe generosa estima es elevado por el Cristianismo a la suprema dignidad de contemplar en el huésped y extranjero el marco en que se hace visible el ejercicio de la *agápe*, la suprema virtud del Cristianismo.

AMMVII